

LA LITERATURA DE HOY

LA VIDA LITERARIA

RESURRECCIÓN DE ARÉVALO MARTÍNEZ

El caso de Arévalo Martínez es muy significativo de la manera como marchan las cosas en la vida literaria de ciertos países hispanoamericanos. Analicémoslo.

La primera noticia que llegó a mí de este autor guatemalteco fué a través de un tomito publicado en Costa Rica por J. García Monge. En este caso, como en tantos otros, ha sido García Monge el descubridor y difundidor de nuevos valores hispanoamericanos. De la obra de este hombre benemérito habrá que hablar algún día despacio. Baste decir ahora que su *Repertorio Americano* y las ediciones diversas que desde hace diez y seis años viene publicando, constituyen el órgano más elevado y eficaz de comunicación intelectual y literaria de Hispanoamérica. El librito del joven autor guatemalteco, titulado *El hombre que parecía un caballo*, que él recogió y publicó en 1918, ¿se había publicado antes en Guatemala? Supongo que sí, porque la novela corta que le da título lleva al fin la fecha de composición de 1914 y porque sobre ella escribió un artículo en 1915 el poeta Ricardo Arenales. Alfonso Reyes, el finísimo crítico y ensayista mejicano, también la había leído y me había hablado de ella. Pero una publicación hecha en Guatemala no tiene más medio de difusión fuera de las fronteras nacionales que el esfuerzo personal que haga el autor mismo enviando, si así le place, ejemplares a un número de personas que él supone interesadas en leer su obra. Sin la edición o reedición de García Monge el libro hubiera quedado inédito de hecho y su descubrimiento posterior hubiera sido tardío y dudoso. A través de ella llegó la obra a un círculo más amplio, formado por todas las personas con quienes García Monge mantiene desde su rincón de San José de Costa Rica un íntimo contacto espiritual. Este círculo, aunque en cierto modo privado y formado en torno a una sola persona, comprende a todos los trabajadores intelectuales de Hispanoamérica y de España que, aunque separados, se sienten unidos por la común aspiración a conocerse los unos a los otros.

La lectura de los dos cuentos que formaban el tomo, uno el que le daba título y otro *El trovador colombiano*, dejó en mí la impresión inequívoca de hallarme ante un gran escritor. No se

trataba de alardes vistosos y superficiales de innovación como amenudo se encuentran en jóvenes escritores de Hispanoamérica, sino de una sencilla y profunda originalidad. Tenía un modo de decir, un estilo, firme, seguro y sereno en la superficie, bajo la cual se sentía sin embargo como dominada y contenida la fuerza palpitante de un sentimiento profundo y nuevo de la realidad y de la vida. Era el suyo un arte nuevo que se adelantó entonces a mucho de lo que después hemos visto que quería y necesitaba ser la nueva narración novelesca.

La convicción de que aquella obra anunciaba la aparición de un gran escritor la tuvieron sin duda muchos y recuerdo haberla oído en diferentes conversaciones. Por una carta de Santos Chocano al autor publicada ahora, veo la impresión que en él y en Rubén Darío produjo el libro. Dice Chocano: "Rubén Darío me había anticipado favorabilísima opinión de *El hombre que parecía un caballo*. 'Notable acierto. Te sorprenderá y te gustará como a mí. No es Poe ni Lorrain. Es algo nuevo y maravilloso. Ya verás.' Mi impresión al leerle fué extraordinaria. Le confieso que no he leído nada en que se hable del 'misterio' con mayor ni siquiera igual encantadora sencillez, nada en que se traten o insinúen tópicos trascendentales con tan ingenua y fresca naturalidad. Creo que ha echado Vd. el ancla en mar desconocido. Paréceme que ha sorprendido Vd. un resorte nuevo."

He aquí un ejemplo altamente excepcional por la calidad de las personas, de la reacción primera que la obra produjo en cuantos la leyeron. En conversaciones y cartas privadas y en algún artículo efímero se reconoce y establece por un número de escogidos un valor literario de primer orden, sin que éste trascienda al público general. Todavía en 1927 continúa este proceso lento, oscuro y azaroso. Gabriela Mistral escribe también en carta privada: "¡Qué talento tan fascinante tiene en Vd. su Centroamérica! Debería un gobierno honrarse con editarlo. Vd. es un clásico vivo, una mente tan fina como la de Darío. . . . Hemos leído sus libros en un pequeño círculo amigo, con una admiración efusiva, prolongada y fraternal. Su *Hombre que parecía un caballo* es una de las lecturas perfectas que me ha dado la vida; sus versos eran ya vieja estimación mía." Y José Vasconcelos: "Desde hace años lo admiro y lo quiero; desde que leí sus libros. . . . En recuerdo de las horas de delirio y belleza que me produjo *El hombre que parecía un caballo*. . . ."

No se trata de cumplimientos—dirigidos a un joven de Guatemala a quien nadie ha visto ni conoce—, sino de una apreciación sincera. Las figuras de más autoridad en Hispanoamérica saludaban en Rafael Arévalo Martínez a un escritor nuevo, de

valor único, que se destacaba con una personalidad propia inconfundible entre los jóvenes de la nueva generación. Yo, que no tengo autoridad alguna, hubiera dicho lo mismo. Esperaba con vivo deseo ver publicadas otras obras suyas y saber más de él. De manera fragmentaria y confusa he ido poco a poco sabiendo algunas cosas—que son las que ahora trasmito al lector en la misma forma confusa y fragmentaria en que las recibí, para que se forme idea de como *vive* a veces la literatura hispanoamericana, objeto de nuestro interés y nuestro estudio.

En un periódico vi una vez una poesía de Arévalo Martínez que llamó mi atención tanto como su prosa. La copio porque es breve y porque en ella el autor habla de sí mismo:

RETRATO DE MUJER

Ella es una muchacha muy gorda y muy fea;
pero con un gran contento interior.
Su vida es buena como la de las vacas de su aldea
y de mí posee mi mejor amor.

Es llena de vida como la mañana;
sus actividades no encuentran reposo;
es gorda, es buena, es alegre y es sana;
yo la amo por flaco, por malo, por triste y por ocioso.

En mi bohemia, cuando verde copa
se derramaba, demasiado henchida,
ella cosió botones a mi ropa
y solidaridades a mi vida.

Ella es de esas mujeres madres de todos
los que nacieron tristes o viven beodos;
de todos los que arrastran penosamente,
pisando sobre abrojos, su vida trunca.
Ella sustituyó a la hermana ausente
y a la esposa que no he tenido nunca.

Cuando se pone en jarras, parece un asa
de tinajo cada brazo suyo; es tan buena ama de casa
que cuando mi existencia vió manchada y helada y destruída,
la lavó, la aplanchó; y luego, paciente,
la cosió por dos lados a la vida
y la ha tendido al sol piadosamente.

Ésta y otras dos o tres poesías publicadas en el *Repertorio Americano*, y un cuento, muy bello y original titulado *El hombre*

verde, es todo lo que en los diez años pasados había logrado ver de un autor por el que sentía tanta curiosidad y estimación. Las escasas muestras que logré conocer de su poesía me llevaron a mirarle como uno de los primeros superadores del modernismo imperante en América y como uno de los iniciadores de la nueva poesía que ya se está también extendiendo y generalizando. Además, las confesiones líricas de sus versos, aunque breves, empezaban a familiarizarme con la intimidad humana del escritor tan admirado y sin embargo desconocido, y por el cual, gracias a lo poco que de él sabía, empezaba a sentir una viva simpatía. Adivinaba bajo el aparente cinismo de sus versos un alma atormentada, ultrasensitiva, enferma; un alma buena, profunda, religiosa, como la de Rubén Darío, la de Evaristo Carriego, la de Florencio Sánchez y otros grandes espíritus de América que vivieron torturados o murieron en flor. Y me inquieté por él.

Mis sospechas se vieron confirmados por una noticia publicada en el *Repertorio Americano* en 1921 en la que se hablaba de su enfermedad. Se daba cuenta de cómo sus amigos de Guatemala le habían enviado a los Estados Unidos con objeto de que atendiera a la curación de una enfermedad psíquica indefinida, —hisperestesia, neurastenia, cansancio. Su estado de ánimo, sin embargo, se agravó con la soledad de la patria y de la familia, y muy pronto tuvieron que devolverle a ellas. Un amigo suyo, testigo de su estancia en los Estados Unidos, lo describe así: “Se necesita tratar personalmente a este ultrasensitivo y ultramontano poeta para convencerse de su sincero fanatismo que lo lleva a los últimos extravíos de la mente y lo transporta a ese terreno dudoso que radica entre la locura y el genio. Su misticismo no tiene nada de retórico. Es un caso auténtico de un gran enfermo de la incurable enfermedad de haber nacido. No se le puede uno acercar sin contagiarse algo de su locura espiritual, ni se le puede abandonar sin sentir algo de esa inmensa conmiseración que se siente por un niño o un anciano indefensos entregados a los pavores de cruzar una montaña en noche oscura. Él comprende su debilidad y se entrega todo, en cuerpo y alma, a la sombra protectora de los que considera sus superiores, sólo porque están mejor organizados para esta dura pelea del diario vivir.”

Un alma grande en un cuerpo débil, impulsos puros y actos impuros, ambición e impotencia, religiosidad y sensualidad, sensibilidad exquisita y vida vulgar, universalidad y aislamiento: dolor, tragedia, la misma que han sufrido tantos espíritus superiores de la humanidad de todos los tiempos. Poco después llegó a mí por la prensa la noticia de su muerte, noticia escueta y sin comentarios. Y no volví a saber nada de él. No me llamó

la atención que no se comentase su desaparición, porque los puros escritores, salvo en casos excepcionales, suelen pasar inadvertidos para la prensa y por el aislamiento en que viven los países hispanoamericanos. El verano pasado murió en Nueva York Manuel Díaz Rodríguez, el ensayista y novelista hispanoamericano de mayor prestigio después de Rodó, y apenas si he visto todavía señales de que el mundo de habla española se haya enterado. Naturalmente esta indiferencia o más bien dificultad de enterarse de los hechos de la vida y muerte de los autores, no impide que se mantenga el culto de ellos y sus obras, las cuales al fin pasan a la historia literaria y a las colecciones de clásicos de los diferentes países. Pero sólo una pequeña parte de la producción literaria de Hispanoamérica entra en rigor en el caudal de la literatura general hispánica, al cual quedan incorporadas las obras cuando se editan en España o en Francia, cuyos medios de información y de difusión de la producción literaria son aún imperfectos para poder llevar a cabo satisfactoriamente esa función.

El caso es que estamos siempre bastante a oscuras acerca de lo que ocurre en la vida literaria de Hispanoamérica, hasta los mismos que profesionalmente nos dedicamos a su estudio. Lo más seguro que sabemos, lo sabemos por relación personal y directa con los autores mismos, procedimiento bastante primitivo y aldeano, que por no sé qué milagro del carácter español es posible que todavía se use con resultados relativamente buenos en un mundo tan vasto. Pero pueden ocurrir cosas tan absurdas como ésta de que hayamos podido creer muerto por varios años a uno de los escritores más amados y admirados de América, y que éste estuviera vivo y escribiendo en Guatemala. En el mundo hispánico se dan todavía la sorpresa y la aventura. Y he aquí que el brillante poeta español, Antonio Rey Soto, cuyo espíritu de aventura le ha llevado a Guatemala, me envía la sorpresa, tan grata, de varios libros de Rafael Arévalo Martínez. Uno de ellos, *El hombre que parecía un caballo y Las rosas de Engaddi* (Guatemala, Tip. Sánchez & de Guise, 1927) es un tomo bellamente editado "bajo los auspicios del gobierno que preside el general don Lázaro Chacón"—como Gabriela Mistral deseaba—que contiene las dos novelitas que yo leí y el tomo de versos, *Las rosas de Engaddi*, antes publicado, y que nunca pude ver. Otro volumen es una nueva novela, *Las noches en el palacio de la Nunciatura* (Guatemala, Tip. Sánchez & de Guise, 1927). Sigue a esta novela en el mismo tomo una novelita corta, muy bella, titulada *Sentas*, y escrita en 1910, "novela de mi primera juventud." Juntamente con estos dos volúmenes, uno que recoge lo mejor de la producción anterior y otro que la continúa, he

recibido una novela, *Manuel Aldano (La lucha por la vida)* (Guatemala, Talleres Gutenberg, 1922), fechada en 1914, novela al parecer autobiográfica que ilustra mucho el enigma de la vida y del arte de su autor. En la lista de obras del autor dada en este tomo constan como publicadas anteriormente dos obras en verso, *Maya* y *Los atormentados* y una en prosa titulada *Una vida*. El cuento *El hombre verde*, reproducido en el *Repertorio Americano*, se dice tomado del libro *El Señor Monitot* (Guatemala, 1922).

Diez años he tardado en saber todas estas cosas de un escritor notable cuyo nombre será probablemente desconocido para la inmensa mayoría de los lectores de esta revista. Las peripecias que he contado en este artículo tienen un valor y una significación mucho mayores que el de la mera curiosidad. Ilustran acerca de las condiciones en que se produce la literatura de Hispanoamérica y de las dificultades que hay que vencer y los métodos que hay que usar para estudiarla e interpretarla. Mucho tendría que decir sobre estas obras recién recibidas de Arévalo Martínez; pero creo que su obra es de tal valor e importancia que requiere un estudio de conjunto que me propongo hacer aparte con el debido detenimiento. Me limito ahora a saludar con alegría la resurrección del amado escritor, esperando que para bien de las letras hispanas tengamos que dar cuenta en esta sección de muchas obras nuevas suyas antes de hacer—dentro de muchos años—su auténtica necrología.

FEDERICO DE ONÍS

COLUMBIA UNIVERSITY

SALVADOR DÍAZ MIRÓN (1853-1928)

En Veracruz de México acaba de morir el último de los precursores del modernismo, Salvador Díaz Mirón. Como poeta inició con José Asunción Silva, Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y José Martí la nueva tendencia literaria que culminó con la obra maravillosa de Rubén Darío. Su poesía, de decidida tendencia gongorista, se caracteriza por su expresión escueta, seca y vigorosa. Es un Góngora que odia lo meramente bonito pero que prefiere los deslumbramientos simbolistas a las sencillas imágenes de los otros modernistas. En sus primeros versos (*Poesías*, México, La Ilustración, 1886, y *Poesías*, New York, Benton & Cía, 1895) se presenta como poeta justiciero, especie de apóstol a la manera de Victor Hugo. *Lascas* (Xalapa, Tip. Gobierno del Estado, 1901) es su libro definitivo y único. A pesar de que fué editado en 1901 la mayor parte de los poemas habían sido publicados en periódicos. Rubén Darío había leído en 1888 al autor de *Lascas* y así pudo dedicarle un soneto en *Azul*. La influencia de Díaz Mirón en México ha sido notable

entre los poetas más jóvenes aunque ninguno ha llegado a la perfecta serenidad lírica del maestro. En su último libro, *Poemas* (México, Cultura, 1918) Díaz Mirón ha depurado su estilo a tal punto que la idea y el símbolo sobresalen y la palabra parece sólo recurso secundario en la creación poética.

Como hombre fué Díaz Mirón altivo y solitario; majestuoso y fuerte, parecía una encarnación de una idea de Nietzsche. Nunca imploró favores de sus amigos ni cuartel de sus enemigos. Su brazo izquierdo encogido era un testigo mudo de las insolencias de su lírica juventud. En Veracruz vivía aislado y seguro de la inmortalidad. Todavía en sus últimos días podía amartillar una pistola y recitar con voz vibrante versos de Byron en inglés y de Hugo en francés. Irreductible en su soledad, murió rehusando recibir el homenaje popular. Cierta grupo de amigos y admiradores había lanzado la idea de coronar al poeta públicamente pero él se negó a aceptar el ofrecimiento.

En compañía de dos intelectuales hispanoamericanos le visité una tarde del año 1922 en Veracruz. Nos recibió serio e impenetrable; costó gran trabajo iniciar la conversación, pero ya una vez principiada, tuvimos que escuchar al poeta por más de cuatro horas. Cansaba su conversación, llena de símbolos y citas, deslumbrante a veces y monótona otras. No era amable pero a su casa se entraba con la seguridad de no ser rechazado. Vivía en una casa pobre pero sumamente limpia; era autoritario con su familia, según pude observar esa tarde. A su avanzada edad se mantenía firme e intelectualmente vigoroso; su cabello era negro, sus ojos negros y brillantes, su brazo mutilado le daba cierto aspecto heroico.

Con más razón que Darío pudo exclamar Díaz Mirón, "¡Yo no soy poeta de muchedumbres!"; y sin embargo las muchedumbres le admiraban, acaso sin comprenderle. Su obra reciente está desprovista de adornos y de baratijas. Es poesía para poetas y nada más.

Con su muerte, América pierde a uno de sus poetas más nobles y ejemplares.

ARTURO TORRES-RIOSECO

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

JUAN CHABÁS. *Sin velas, desvelada*. Barcelona, Gustavo Gili, 1927.

Señor Chabás belongs to the ever-increasing phalanx of intellectual pioneers trained in the Centro de Estudios Históricos (or by its teachers) who leave Spain to interpret Spanish literature and civilization in the universities of the western world. These new *conquistadores*, winning realms in the hearts of cultured men

and women for Spain, are to be found at Oxford, the Sorbonne, Columbia, Wisconsin, and elsewhere. Señor Chabás taught in Genoa. Added to this distinction, he possesses another, that of being an assiduous contributor to the best magazines of and for the young in spirit published in the Peninsula. His work is to be found in almost every issue of the aristocratic *Revista de Occidente* (Madrid).

Sin velas, desvelada is Señor Chabás's first novel; a novel written by a Levantine; without regionalism, politics, or evocations of the past; a novel of today, of youth, with no ideas but metaphors and concretions of the fluid feelings felt by the protagonist. Its plot is as exiguous as all modern fiction since Joyce, Proust, Azorín, Miró. The heroine, Teresa, is a paralytic young woman who comes with her parents from Segovia to Denia to spend the summer months. Denia is on the southeastern shore of Spain, the capital of the province of Alicante (the author comes from that section). Teresa sits under a pine tree and Sr. Chabás psychologizes her reactions to the sea and to the two men who love her. Nothing startling is shown us in the crannies and corners of this woman's soul. She is not a character of *carne y hueso*.

The novel abounds in descriptions of "sea-scapes" and of "sky-scapes" at sunset. Sr. Chabás transmutes into words our joy in the beauty of the sea, in the caressing touch of the breezes stirring the waves.

To the present reviewer, this book is worth a great deal because it embraces within its frame the *Historia del Peregrino Sentado*, a short story about a character that is every bit a cameo in its finish. Don Justo, the man in the story, is an *Azorinesque* creation (Cf. "Menchirón", "Mi tío Antonio", "El buen juez" of Azorín) thumbed with the metaphorical technique of modern writers. The wistfulness evoked by this *chiflado* and his lack of will, accompanied by his disarming goodness, make us love him. Don Justo sums up his idiosyncrasy: "Soy un viajero puro, me interesa el andar por el andar." He has a mania for traveling; an itch prompts him to be on the "go," yet he has no particular goal in mind. When he finally leaves his Madrid lodgings for his long trip, he lands after a short journey in his home town and remains there for good.

In this section of the book, Sr. Chabás is at his best. His sentences have a suppleness and richness of metaphor that make it a joy to read him.

"Se le entró en los ojos el azul-pastel de los mares de atlas y no pensaba en el mar de verdad sino en ése, siempre del mismo azul pálido, monótono, más bien cielo que mar; plantaba el

dedo sobre él, como una nave y seguía las rutas de las corrientes desde un mundo hasta el otro.”

“Era un pino muy viejo, con el tronco retorcido y arañado; la copa alta, pequeña y redonda, resonaba siempre, guitarra y violoncello de todos los vientos. El pino crecía al borde mismo del mar, en lo alto de la roca, que era roja y fuerte, como viva. Avanzaba hacia el mar esta roca, con una proa aguda. Y el pino alto tenía una nobleza viajera cuando el viento lo inclinaba un poco y casi asomaba su copa al mar.”

This rhythmic prose reveals the poet that Sr. Chabás showed himself to be at the beginning of his literary career.

M. J. BENARDETE

HUNTER COLLEGE

MARIO VERDAGUER. *Piedras y viento* (Novela). Barcelona, Editorial “Lux,” 1927, 343 págs., 5 ptas.

Los sucesos de esta novela ocurren en la isla de Menorca, que con su historia, tradición y paisaje constituye un fondo propicio para una novela romántica, lo que en efecto es, si bien no en el mismo sentido del romanticismo de a principios del siglo XIX, porque no fluye en ella la individualidad a cañón lleno sobre cosas y situaciones, sino más bien aparece cohibida y hasta absorbida por el ambiente de la isla como en una especie de comunión panteística.

Hay en ella breves cuadros de costumbres trazados por la mano del que pudiera considerarse como héroe de la novela, si no fuera porque éste, al igual de los demás personajes, queda oscurecido por las descripciones del paisaje, en las cuales se manifiesta el profundo amor que el autor siente por el panorama menorquín. En efecto, podría decirse que los personajes vienen a ser caracteres secundarios, ya que la figura central de la novela es el paisaje: el viento norteño, la costra roqueña de la isla y el mar baleárico al fondo. Es la historia del influjo que ejerce la isla en un joven menorquín que vuelve a ella después de muchos años de ausencia con el fin de arreglar asuntos personales y regresar al continente una vez despachados. Mas al hacer el propósito de dejar la tierra cuanto antes no contó nuestro héroe con la huésped, que en este caso era una hermosa joven isleña. El amor triunfó al cabo; igualmente la atracción ejercida por lo que llamaríamos la poderosa personalidad isleña, con su aroma de leyenda, y el joven se quedó, aunque no se dice si vivió feliz por luengos años, como en los cuentos de hadas.

Dos actitudes obran como resorte espiritual en el desenvolvimiento de la acción, que se desarrolla lentamente, con pocos sucesos: de un lado, la nativa hostilidad, que resiente sorda-

mente la dominación británica; del otro, el propósito del gobierno extranjero de abrir caminos y hacer mejoras materiales sin parar mientes en los escrúpulos nativos fomentados por las costumbres y recuerdos legendarios. A propósito de la acción, la estructura de esta novela se acomoda en parte a la tendencia moderna en la Europa continental de reducir la acción a su última expresión y de elevar a su más alta potencia el estudio psicológico o análisis de los caracteres. Más caracterización y menos acción parece ser el principio predominante de la novela moderna; pero es de sentir que en el libro que reseñamos no ahonde bastante el autor en el alma de los personajes principales.

Bueno es hacer constancia, al terminar, que Mario Verdaguer no es autor novicio: ya ha publicado una media docena de libros, principalmente novelas, de las cuales una ha sido traducida al ruso y al húngaro y otra al francés. Sin embargo, dada la índole de nuestra novela angloamericana, no es de suponer que las de Verdaguer sean debidamente apreciadas por nuestro público.

JULIO MERCADO

NEW YORK CITY

V. GARCÍA MARTÍ. *De la felicidad (Eternas inquietudes)*.

Madrid, Editorial Mundo Latino, [1927], 205 págs., 4 ptas.

Con un breve prólogo del fino estilista Valle-Inclán y un apéndice de pensamientos ajenos en el que figuran nombres antiguos y contemporáneos, como Epicteto y Séneca, Maeterlinck y Papini, este libre aborda el problema de la felicidad, inspirándose su filosofía en el lema en latín que lleva al frente acerca de la miseria humana por el místico Kempis. Es un libro para los espíritus contemplativos y estoicos, a cuya lectura no podrían entregarse las almas arrastradas por el tráfigo moderno.

JULIO MERCADO

NEW YORK CITY

FRANCISCO VILLANUEVA. *La crisis de la democracia*. Madrid, Compañía Ibero-americana de Publicaciones, 1927, 161 págs., 4 ptas.

Éste es un estudio de la crisis, no de la democracia, sino de la aristocracia. El autor trata de fijar primero el concepto de la democracia estudiando los Derechos del Hombre proclamados por la Revolución francesa; después estudia el socialismo ante el bolchevismo en Europa, a lo cual sigue el análisis de las dictaduras, que considera como el último refugio de los intereses creados. Por último se enfrenta con el problema de la restauración democrática en España, la cual restauración debe efectuarse mediante una constitución que incorpore una tendencia socialista y asegure cierto grado de autonomía a las regiones.

JULIO MERCADO

NEW YORK CITY

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ. *Poemas de ayer y de hoy*. México, Andrés Botas e Hijo, 1927.

Esta selección de entre lo selecto se ha tomado de los siguientes cinco libros: *Silénter*, 1909; *Los senderos ocultos*, 1911; *La muerte del cisne*, 1915; *Jardines de Francia*, 1915; y *El libro de la fuerza, de la bondad y del ensueño*, 1917. En 200 páginas tenemos lo mejor de la obra del poeta.

ESTHER T. DE WELLMAN

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MÉXICO

FABIO FIALLO. *La canción de una vida*. Madrid, Editorial Cristóbal Colón, 1926.

Este tomo de poesías de Fabio Fiallo contiene composiciones ya conocidas de nosotros. Como no hay lugar aquí para hacer un análisis de su erotismo ni de señalar las influencias de Bécquer y de Darío, unas no menos visibles como la influencia de Banville através de Gutiérrez Nájera y otras más remotas, bástenos apuntar que si el valor de una obra literaria no puede basarse del todo en la acogida que le dé el público, en el caso de Fiallo, tal vez por la cualidad afectiva de sus versos, hay que tomar en cuenta la estima en que le tiene el público dominicano y el de otros países de habla española. La gente sabe y los críticos olvidan que no sólo dan luz las estrellas de primera magnitud: todos los luceros participan en la tenue iluminación de la esfera.

JULIO MERCADO

NEW YORK CITY

ARTURO CAPDEVILA. *Zincalí, drama en prosa, en cinco actos y un prólogo*. Buenos Aires, Manuel Gleizer, 1927, 171 págs., \$2.50 m/n.

“Poema drámatico de misterio gitano”, reza la portada. Y repite el colofón: “Arturo Capdevila, el autor de *La Sulamita* y de *El Amor de Schahrazada*, habiéndose enamorado del viejo misterio gitano, hubo de escribir éste, su tercer poema teatral.” Este último amor—a Capdevila le fascinan los misterios de Oriente—parece haber sido inspirado, en parte al menos, por la lectura de las obras de George Borrow, especialmente *The Zincali, an account of the Gypsies in Spain* y *The Bible in Spain*; de la primera tomó el poeta el título de su obra, que es también el nombre del personaje principal, y el dato acerca de la creencia en la reencarnación que se les atribuye a los gitanos; de la segunda sacó una porción de cosas acerca de la vida y milagros de los cingaros, de sus creencias y supersticiones, bebedizos y brujerías. El “viejo misterio” es sencillamente el eterno problema del origen del gitano. Capdevila, que al fin es poeta y

explora con la imaginación solamente, no logra decirnos de dónde viene ese misterioso vagabundo, pero, en cambio, nos dice adonde va y por qué va. Y nos lo dice con música cingara.

La traición de una reina ha condenado a las tribus cingaras a andar errantes por el mundo hasta la llegada de un Mesías gitano que deshaga el hechizo casándose con la reina traidora, que habrá vuelto a la tierra a redimir su culpa. Zincalí es el Mesías y Jahivé la reina del “extraño destino”. Una serie de circunstancias adversas hacen malograr los deseos de Zincalí, y las tribus errantes se ven obligadas a continuar su eterna peregrinación.

En el fondo, Capdevila es un músico que, quizás por efecto de alguna extraña maldición como la que pesa sobre las tribus bohemias, no ha podido dominar la técnica de su arte y se ve obligado a derramar la melodía que brota de su alma por un conducto que no es el más adecuado para aquella modalidad artística. La concepción musical de *Zincalí* es evidente desde el principio de la obra. El Prólogo, por ejemplo, es la obertura que anuncia los temas principales: Malena, “la que ha de amar en vano”; Jahivé, “la del extraño destino”; Zincalí, “el hombre del violín que ríe y que llora.” La chusma gitana que irrumpe gritando “Bají! Bají! La buenaventura!” y agitando sus panderos, es el coro inicial. Dispersos por todo el drama hay un número de pasajes líricos que serían las arias del drama musical; no faltan, claro está, los dúos, tercetos y cuartetos, pues Capdevila es músico de escuela italiana. *Zincalí* es un bello libreto que aguarda la colaboración de otro músico, poeta también, que haya dominado la técnica musical.

JOSÉ PADÍN

NEW YORK CITY

GENARO ESTRADA. *Pero Galín*. México, Cultura, 1926.

En 171 páginas el Sr. Profesor Genaro Estrada hace con el explotado período colonial en la literatura mexicana lo que el *Quijote* con los libros de caballerías. Da la receta de este “género colonizante” que suele usarse entre los escritores “como quien utiliza en la confección de los más intrincados guisos un infalible diccionario de cocina.” “Los aztecas y los incas,” afirma el autor, “están más lejos de nosotros que los virreyes y los oidores.” Mas tampoco se escapa la chillante confusión de poesía indígena que como todo movimiento literario tornóse en una ensordecedora gritería continental.

Pedro Galindo—figura quijotesca—vivía entre sus antigüedades coloniales. Vistióse fuera de la moda; sustituyó el cronómetro por el reloj; se prendió a la corbata una miniatura de

azulejo de Puebla y escribía con pluma de ave. Hasta el nombre —Pedro Galindo— que sonaba a vulgo y modernidad lo cambió por Pero Galín. Este anacrónico caballero del siglo XVII terminó por casarse con Lota—hija audaz y decisiva de la revolución. Ocurre una transformación semejante a la del *Capitán Veneno*. Primeramente lo encontramos en *Pullman* viajando hacia los Estados Unidos. Después vemos al quijotesco caballero manejando su propio *Buick* entre los dos millones y pico de vehículos que circulan en California. Frecuenta los campos de petróleo y los estudios cinematógrafos de Hollywood, donde saluda a Ramón Novarro y al *sheik* Valentino. Encuentra todo subordinado a las tres grandes virtudes de aquel pueblo: sistema, cooperación, disciplina; que reduce todo a la peligrosa perfección del submarino. Vuelve a México. Vive en un rancho moderno, que tiene pozo artesiano, casita con sus comodidades, automóvil, radio, fonógrafo ortofónico, y un niño grita, ¡mamá!

ESTHER T. DE WELLMAN

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MÉXICO